

LA MUERTE DE DON QUIJOTE Y LA DERROTA DE FRESTÓN

José María Merino

Cuando don Quijote falleció, el cura parecía el más apesadumbrado de todos. Nadie podía imaginar que hubiese otras razones, aparte de su indudable afecto por el hidalgo, pero tales razones existían, y eran de mucho peso.

Aquel despertar en el que don Quijote declaró haber recuperado la cordura, lo que tuvo un evidente eco en su repentino y firme rechazo de los libros de caballerías, y todo lo que vino después, asombraron al vecindario y complacieron especialmente a la gente más cercana al señor Alonso Quijano. Sin embargo, hubo un aspecto para todos desconocido en su verdad, el de la confesión, que el cura llevaba dentro de sí como un peso muy agobiante.

El señor Alonso Quijano siempre había sido un cristiano piadoso y un feligrés ejemplar y cumplidor. Consciente de la cercanía del fin de su vida, y tras declararse ya libre de las brumas caballerescas que habían enturbiado su buen sentido, pidió que llamasen al cura para cumplir con su última confesión.

Mas lo que menos se esperaba el licenciado Pero Pérez era lo que tuvo que oír en aquella ocasión: don Quijote se declaró culpable de mentir.

– Lo que he declarado a propósito de la recuperación de la cordura es falso, mi buen don Pero.

– ¿Falso? – repuso el cura, atónito.

– A lo largo de mis aventuras he sabido bien que muchos, vos entre ellos, pensabais que mi voluntad de ser caballero andante provenía de la falta de juicio, pero os aseguro que nunca lo he tenido más libre y claro. Satán, de cuya existencia no podéis dudar, ha llenado el mundo de hechiceros y encantadores dispuestos a impedir que las continuas injusticias y los permanentes desafueros sean enmendados, lo que es obligación y tarea de la andante caballería.

El cura contemplaba a don Quijote pensando que estaba viviendo una pesadilla. Don Quijote continuó, con la voz quebrada de quien está en las últimas:

– A mí, el mago Frestón me ha perseguido con sus enredos y malas mañas desde que salí a los caminos dispuesto a enderezar tuertos, y os ha hecho creer a todos que lo de la andante caballería es un mero embeleco de ciertos libros, y majaderos chiflados quienes intentamos llevar a cabo tal tarea. Ahora, cuando sé que mi fin está cercano, he comprendido que mi muerte proclamándome caballero andante sería una victoria más de Frestón: a pesar de mis indudables hazañas, de tantas peleas y de tantos esfuerzos; de tantas caídas y de tantos golpes, de la inesperada derrota que me infligió el Caballero de la Blanca Luna y que me obligó a una lamentable promesa, y de que por fin he adivinado que el desencanto de Dulcinea nunca se va a producir... A pesar de todo eso, que me ha debilitado tanto y me ha llevado a este punto...

El cura continuaba contemplando a don Quijote con horrenda fascinación.

– ... en la soledad de mi lecho he pensado que mi muerte como caballero andante sería una victoria más para esos hechiceros malandrines -siguió confesando el señor Alonso... -He reflexionado mucho sobre el asunto, y he llegado a la conclusión de que la forma mejor de hacer daño al funesto Frestón sería fingir, como he hecho, que abomino de los libros de caballerías, que en definitiva no creo lo que en ellos se cuenta, ni en la existencia de Frestón y de otros hechiceros, ni en su continua asechanza. Sin duda eso facilitará su descuido, los debilitará. No podéis imaginaros cuánto me ha regocijado la idea... Ese ha sido el motivo verdadero de mi nueva actitud.

– Mentir –murmuró el cura, atónito.

– En efecto, mentir, aunque por una buena causa. Como soy consciente de mi pecado, lo confieso y pido vuestra absolución...

– Mas mi buen señor Alonso, mi querido amigo, mi absolución necesita vuestro arrepentimiento y propósito de enmienda...

– No puedo hacerlo, mi querido don Pero. Eso llevaría a la victoria de Frestón. Tengo que morir como si la caballería andante fuese para mí un disparate, tengo que negar a Frestón. Quienes saben en su corazón la verdad del caso nunca creerán en esa falsa recuperación de la razón que he proclamado...

– Pero yo no puedo absolveros...

Don Quijote alzó el torso en un esfuerzo sin duda doloroso:

– ¿Y me dejaréis morir en pecado? ¿Tantos años de piedad por mi parte no merecen una excepción? ¿He dejado de ser un buen cristiano por tenderle una trampa al diabólico Frestón?

– Calmaos –dijo entonces el cura.

Había decidido incumplir sus obligaciones, y tras alzar la mano derecha hizo el signo de la cruz mientras pronunciaba las palabras rituales: *Ego te absolvo in nomine Patri...*

Pero la conciencia de su propia falta lo tenía muy desazonado. Por primera vez en su vida religiosa había pecado gravemente, absolviendo a un pecador que declaraba no arrepentirse ni tener el propósito de modificar su conducta.

Debería ir a ver al obispo de la diócesis para transmitirle su propia confesión, y al desasosiego de la culpa se unía una inevitable vergüenza...

(Del libro inédito *Travesuras y travesías quijoteskas*)